

Capellanes Los otros doctores del

Llevan mes y medio al lado de los pacientes en las camas de los hospitales, en los hoteles medicalizados, en la atención a domicilio. Los capellanes siguen haciendo lo que mejor saben hacer: escuchar y consolar a los enfermos

LAURA DANIELE MADRID

Son una legión pero apenas se ha oído hablar de los capellanes durante esta pandemia atroz y lacerante. Estos «curas de bata blanca» también han ayudado a «salvar» a muchos enfermos haciendo lo que mejor saben hacer: escuchar y lle-

var consuelo. Más de un centenar ya estaban a pie de cama con los pacientes en los hospitales públicos cuando se propagó el Covid-19 y cientos más se han ido incorporando a esta tarea a medida que la curva del número de enfermos empezaba a ascender.

En el hospital de Ifema, en los hoteles medicalizados, en los centros de cui-

JULIÁN NICOLÁS CAPELLÁN DEL CEMENTERIO PARROQUIAL DE VICÁLVARO

«En 34 años de sacerdocio, nunca había vivido una circunstancia similar»

Al padre Julián Nicolás le ha tocado lidiar con la cara más amarga de esta pandemia. La de dar sepultura a los fallecidos, la mayoría por Covid-19. Su parroquia Santa María la Antigua tiene a su cargo el cementerio de Vicálvaro (Madrid). «Los enterramientos se han multiplicado por cuatro desde que se dictó el estado de alarma», comenta. Si en meses anteriores se daba una media de ocho a diez enterramientos al mes, en abril se han producido entre dos o tres al día. El desgaste emocional para este sacerdote es muy grande. «En mis 34 años de cura nunca había vivido una circunstancia así. Los escasos familiares que pueden acompañar a los finados, están abrumados por no haber podido atenderles en sus últimos días, y por no poder acompañarles con toda la familia en su último viaje», asegura el sacerdote.

Muchas de las personas fallecidas

eran fieles de su propia parroquia. «A algunos los saludé el último día antes del estado de alarma y a la semana siguiente los estábamos enterrando porque habían fallecido por Covid-19» señala el padre Nicolás, con la voz rota por la emoción.

En estos tiempos de sufrimiento, lo que más necesitan las personas, según este párroco, es afecto y compañía. Una tarea difícil de llevar a cabo cuando la regla de oro para prevenir los contagios es precisamente la distancia social. Por eso, este sacerdote curtido en mil batallas dedica buena parte del día a llamar por teléfono a sus feligreses para asegurarse de que se encuentran bien. «Todos los días doy la misa por los enfermos o por alguien a quien hemos enterrado. Por ahora son misas sin público». Pero el padre Nicolás no pierde la esperanza de volver a ver su parroquia llena de gente.



El padre Julián, en el cementerio parroquial de Vicálvaro

GUILLERMO NAVARRO

JAVIER MARTÍN LANGA CAPELLÁN DEL SERVICIO SACERDOTAL DE URGENCIAS (SARCU)

«Nos llaman muchos ancianos que están asustados»

El padre Javier Martín Langa se ha acostumbrado a vivir pendiente de su teléfono móvil. Allí está su «parroquia» desde que se unió hace año y medio al Servicio Sacerdotal de Urgencias (Sarcu). En esa línea de atención telefónica trabajan a diario 40 sacerdotes desde las diez de la noche hasta las nueve de la mañana. «Somos los guardianes que vigilan la diócesis de Madrid», asegura. Desde que estalló la pandemia de coronavirus, Javier tiene que hacer más salidas por la noche. «Antes nos llamaban personas que necesitaban desahogarse pero ahora muchos son ancia-

nos que están asustados porque sienten que les ha llegado la hora», asegura este sacerdote de 34 años.

Su periplo cada noche es acudir a la llamada de los enfermos o de sus familiares para confesarles, darles la comunión o impartirles la unción de los enfermos. Algunos están en sus domicilios pero otros están en los hospitales. «En algunos centros privados o residencias de ancianos han sacado a los capellanes porque 'no pintaban nada'. Me he tenido que confesar de ira varias veces durante esta pandemia», asegura este sacerdote. Su mayor preo-



El padre Javier durante su visita a los enfermos

ocupación estos días son los enfermos que mueren solos. «Nadie debería experimentar morir solo», se lamenta. «He visto varias enfermeras dar la mano a los pacientes hasta que mueren y luego seguir con su trabajo».

Durante estas semanas de confinamiento, el padre Javier ha acompañado a muchas personas. «Uno de los momentos más duros ha sido ver cómo una abuela se despedía de sus hijos y de sus nietos a través de una videollamada. Fue desgarrador pero los cristianos sabemos que nos espera una vida mejor en el cielo». La pandemia de coronavirus ha cambiado mucho el corazón de este joven sacerdote. «La sociedad se creía dueña y señora de la vida y nos hemos dado cuenta de que no somos dueños de nada». Pese a lo duro que está siendo esta experiencia, Javier está convencido de que si volviera a nacer «volvería a ser sacerdote».

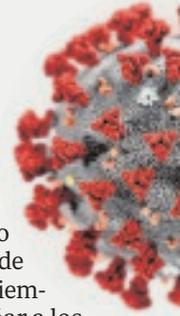
espíritu

dados paliativos, en las residencias de ancianos, en la asistencia a domicilio. En los espacios más variados e improvisados, los capellanes han ayudado a que los enfermos no se sientan solos. Su presencia ha significado para muchos pacientes un bálsamo de paz y una oportunidad para reencontrarse con sus seres queridos gracias a su la-

bor de mediación. «Hemos intentado serenar tanto a los familiares como a los enfermos y llevarles los sacramentos», explica el padre Iñaki Gallego, capellán del hospital Clínico de Madrid.

Pese a ser testigos directos de la cara más cruel de esta enfermedad, los capellanes han seguido semana tras semana en primera línea de fue-

go sin regatear tiempo ni esfuerzo. «La Iglesia —asegura el padre Gerardo Dueñas, delegado diocesano de la Patorial de la Salud— hace lo que siempre ha hecho: acompañar a los enfermos y liberar a las personas de sus miedos».



JOSÉ FRANCISCO SERRANO OCEJA

SIN MISAS NO HAY CEPILLOS

La Iglesia vive de la eucaristía, es el centro sobre el que gravita la vida cristiana

MIGUEL MÁRQUEZ CAPELLÁN DEL HOTEL MEDICALIZADO MIGUEL ÁNGEL

«Los enfermos agradecen que haya personas dispuestas a meterse en la boca del lobo»

La vida de este carmelita descalzo ha cambiado mucho desde la irrupción de la pandemia. Acostumbrado a viajar por medio mundo como provincial de esta orden religiosa, el estado de alarma le pilló en Madrid. Pero lejos de cruzarse de brazos, el padre Miguel enseguida se puso a disposición de la diócesis para colaborar con la labor de los capellanes, que estaban sobrepasados de trabajo en los hospitales. Así fue a parar a uno de los hoteles medicalizados que funcionan en Madrid para garantizar que pacientes con síntomas leves de Covid-19 pueden seguir el aislamiento en el caso de que sus domicilios no reúnan las condiciones necesarias.

Desde hace tres semanas, este religioso visita a los pacientes del Hotel Miguel Ángel, en pleno centro de Madrid y donde reciben atención médica más de 100 enfermos. «La gente necesita romper los muros de la estrechez en la que están metidos. Muchos empiezan a hablarte de su enfermedad y terminan por contarte toda su vida», señala este religioso de 54 años. Las experiencias de vida son muy diferentes de unas personas a otras. Para algunas el Covid-19 «ha sido una oportunidad para descubrir que su vida no iba por buen camino pero a otros los ha hundido en la ansiedad y la tristeza». En medio de ese abanico de emociones, el padre Miguel siente la gratitud de todos los enfermos que reciben su visita. «Para ellos significa mucho que haya personas que de forma desinteresada estén dispuestas a meterse en la boca del lobo para acompañarles».



El padre Fernando en el Centro de Cuidados Paliativos La Laguna

ABC

FERNANDO ALIAGA CAPELLÁN DEL CENTRO DE CUIDADOS PALIATIVOS LA LAGUNA

«Es muy importante que nadie se sienta abandonado»

El padre Fernando Aliaga además de ser el capellán del Centro de Cuidados Paliativos La Laguna (Madrid) es médico. Esta doble condición le ha hecho estar siempre cerca de la muerte. Y más ahora que acompaña a los enfermos terminales que también tienen Covid-19. «Es duro porque aquí no puedo decirle a los pacientes que se van a poner bien», asegura. La realidad en estas circunstancias es una losa y por eso su misión es ayudar a los enfermos a encontrar la fe en el tránsito final de la vida.

Para poder garantizar la seguridad de todos los hospitalizados, el centro ha tenido que destinar una plan-

ta exclusivamente para los enfermos terminales que también tienen coronavirus. Además se ha visto obligado a blindar las visitas del exterior. Este aislamiento que sufren los enfermos es lo más duro.

«Hoy he hecho la visita a los pacientes y a un señor mayor que le encantan los toros le he dejado la tableta para que pueda ver alguna corrida. Es muy importante que vean que no están abandonados», señala el padre Fernando, quien asegura que reza «mucho» por los enfermos.

Su mayor alegría es que ha visto muchas personas recuperar la fe antes de morir. «He vivido muchas conversiones de personas que habían abandonado la fe». A sus 67 años, el padre Fernando ha aprendido a quedarse con lo bueno.

Quizá los números nos ayuden a entender lo ocurrido. En España hay 23.021 parroquias, de las cuales 11.396 están en zonas rurales. El número de sacerdotes diocesanos es de 17.754 sacerdotes, a los que hay que sumar los religiosos ordenados. Se celebran 9,5 millones de eucaristías al año y son algo más de 7 millones los católicos que van a misa los domingos. La edad media de los sacerdotes es de 65,5 años. Todo esta fuerza social, desde el punto de vista litúrgico, se paró de repente. Los templos, en su gran mayoría, se cerraron. No se podía ir a misa, de hecho, no hubo prácticamente bautismos, bodas, confirmaciones... La Iglesia seguía abierta para la caridad.

¿Tan importante es la misa? Pero si la Iglesia se acredita socialmente con lo que hace con los pobres, se escucha. No hay caridad que se pueda definir como cristiana sin eucaristía, no hay comunión en la Iglesia sin eucaristía. Y añadimos, no hay sostenimiento de la Iglesia sin eucaristía, no hay financiación para las parroquias sin eucaristía, y, al final, no hay sostenimiento del clero, ni recursos en las diócesis, sin eucaristía.

La Iglesia vive de la eucaristía, es el centro sobre el que gravita la vida cristiana. Es el núcleo del misterio de la Iglesia. Produce en la vida espiritual los efectos que el alimento y la bebida al cuerpo, el sustento, el crecimiento, la salud, el gusto. La persona que va a misa no renuncia a una comprensión racional del mundo, sino que reconoce que el mundo se presenta, en última instancia, como un misterio al que la eucaristía da la posibilidad de una respuesta encarnada.

Y no olvidemos lo que ocurrió en el año 304, durante la persecución de Diocleciano, allá en el norte de África. El Procónsul preguntó a Emérito, el dueño de la casa en la que los funcionarios había encontrado a los cristianos durante la eucaristía, por qué no les había impedido la entrada. Y el buen hombre respondió: «No podía hacerlo. Sin el día del Señor no podemos existir» (Quoniam sine domino non possumus).